

DESARROLLO PSICOSOCIAL DE 0 A 3 AÑOS



Aunque los bebés comparten patrones comunes de desarrollo, desde el inicio cada uno muestra una personalidad distinta: la mezcla relativamente constante de emociones, temperamento, pensamiento y conducta que hace única a cada persona.

Desde la infancia, el desarrollo de la personalidad se entrelaza con las relaciones sociales; esta combinación es llamada desarrollo psicosocial.

Las emociones, como la tristeza, la alegría y el miedo, son reacciones subjetivas ante diversas experiencias que se asocian con cambios fisiológicos y conductuales. El miedo, por ejemplo, es acompañado por un latido más rápido del corazón y, a menudo, por la acción de autoprotección. El patrón característico de reacciones emocionales de una persona empieza a desarrollarse durante la infancia y es un elemento básico de la personalidad. Las personas difieren en la frecuencia con que experimentan una emoción

particular, en los tipos de sucesos que la producen, en las manifestaciones físicas que muestran y en la manera en que actúan como resultado.

La sonrisa social ocurre cuando los bebés recién nacidos miran a sus padres y les sonríen; esta no se desarrolla sino hasta el segundo mes de vida. La sonrisa social indica la participación activa y positiva de los infantes en la relación. La risa es una vocalización ligada a la sonrisa que se hace más común entre los cuatro y los 12 meses, cuando puede expresar la emoción positiva más intensa.

Para los seis meses de edad, las sonrisas de los bebés reflejan un intercambio emocional con un compañero. A medida que los pequeños se hacen mayores, participan de manera más activa en intercambios jubilosos. A los seis meses pueden soltar risitas en respuesta a sonidos inusuales de la madre o al hecho de que esta aparezca con una toalla sobre su rostro; un bebé de 10 meses tratará entre risas de volver a taponarle el rostro con la toalla si esta se cae. Este cambio refleja desarrollo cognoscitivo; cuando ríen ante lo inesperado los bebés demuestran que saben qué esperar. Al invertir los papeles demuestran conciencia de que pueden hacer que las cosas pasen. La risa también ayuda a los bebés a liberar tensión, como cuando temen a un objeto amenazador (Sroufe, 1997). Entre los 12 y 15 meses los infantes se comunican intencionalmente con el compañero acerca de los objetos. El primer paso puede ser la sonrisa anticipatoria (en que los infantes sonríen ante un objeto y luego miran a un adulto mientras siguen sonriendo). La sonrisa anticipatoria aumenta de manera repentina entre los ocho y los 10 meses y parece estar entre los primeros tipos de comunicación en que el niño se refiere a un objeto o experiencia.

Las emociones autoconscientes, como el bochorno, la empatía y la envidia, solo aparecen después de que los niños han desarrollado la conciencia de sí mismos: la comprensión cognoscitiva de que poseen una identidad reconocible, separada y diferente del resto de su mundo. Esta conciencia de sí mismo parece surgir entre los 15 y los 24 meses y es necesaria para que los niños puedan percatarse de que son el centro de atención, identificarse con lo que "otros" sienten o para desear tener lo que tiene otra persona. Más o menos a los tres años, una vez que adquirieron la conciencia de sí mismos además de una buena cantidad de conocimiento acerca de los estándares, reglas y metas aceptadas por su sociedad, los niños adquieren la habilidad de evaluar sus pensamientos, sus planes, sus deseos y su conducta en relación con lo que se considera socialmente apropiado. Solo entonces pueden demostrar sus emociones autoevaluativas de orgullo, culpa y vergüenza (Lewis, 1995, 1997, 1998).

La conducta altruista parece darse de manera natural en los niños pequeños. Mucho antes del segundo cumpleaños los niños suelen ayudar a otros, a compartir pertenencias y comida y a ofrecer consuelo.

La investigación de la neurobiología identificó recientemente células cerebrales especiales denominadas neuronas espejo, las cuales pueden subyacer a la empatía y el altruismo. Las neuronas espejo, que se localizan en varias partes del cerebro, se disparan cuando una persona hace algo, pero también cuando observa que alguien más hace la misma cosa.

La empatía también depende de la cognición social, la habilidad para entender que los demás poseen estados mentales y para evaluar sus sentimientos e intenciones.



El temperamento se define como la forma característica, basada en la biología, en que una persona se aproxima y reacciona ante la gente y las situaciones. Se le ha descrito como el cómo de la conducta: no lo que hace la gente, sino cómo lo lleva a cabo (Thomas y Chess, 1977).

Los bebés humanos dependen de otros para recibir comida, protección y para conservar su vida durante periodos mucho más largos que cualquier otro mamífero. ¿Cómo llegan a confiar en que sus necesidades serán satisfechas? De acuerdo con Erikson (1950), la clave está en las experiencias tempranas. La primera de las ocho etapas de desarrollo psicosocial propuestas por Erikson es la de confianza básica frente a desconfianza básica. Esta etapa comienza en la infancia y continúa más o menos hasta los 18 meses. En este periodo, los bebés desarrollan un sentido que les permite detectar el nivel de confiabilidad de las personas y los objetos de su mundo. Necesitan desarrollar un equilibrio entre la confianza (que les permite formar relaciones íntimas) y la desconfianza (que los habilita para protegerse). Si predomina la confianza, como debería ser, los niños desarrollan la virtud de la esperanza: la creencia de que pueden satisfacer sus necesidades y cumplir sus deseos (Erikson, 1982).

El apego es un vínculo emocional recíproco y duradero entre el infante y su cuidador, cada uno de los cuales contribuye a enriquecer la calidad de la relación. Desde una perspectiva evolutiva, el apego tiene valor adaptativo para los bebés pues asegura la satisfacción de sus necesidades psicosociales y físicas (MacDonald, 1998). De acuerdo con la teoría etológica, los infantes y los padres

tienen una predisposición biológica a apearse entre sí, relación que fomenta la supervivencia del bebé.

Los bebés con un apego seguro lloran o protestan cuando el cuidador sale, pero son capaces de obtener el consuelo que necesitan y demostrar con eficacia y prontitud flexibilidad y resiliencia cuando enfrentan situaciones estresantes. Por lo regular son cooperativos y muestran poca irritación.

Los bebés con un apego evasivo no se muestran afectados cuando el cuidador sale o regresa. Exhiben poca emoción positiva o negativa. Los bebés con apego ambivalente (resistente) muestran ansiedad incluso antes de que el cuidador salga y se muestran más molestos cuando parte.

El apego desorganizado-desorientado, que es el menos seguro. Los bebés que siguen este patrón parecen carecer de una estrategia organizada para lidiar con el estrés de la situación extraña. Más bien muestran conductas contradictorias, repetitivas o mal dirigidas (buscan la cercanía con el extraño en lugar de la madre). Pueden saludar con alegría a la madre cuando regresa pero luego le dan la espalda o se acercan sin mirarla. Parecen confusos y temerosos (Carlson, 1988; Van IJzendoorn, Schuengel y Bakermans-Kranenburg, 1999).

Cuando los bebés miran a sus cuidadores al encontrarse con una persona o un juguete nuevo participan en un acto de referenciación social, esto es, la búsqueda de información emocional que guíe su conducta. Mediante la referenciación social una persona logra entender cómo actuar en una situación ambigua, confusa o poco familiar al buscar e interpretar la percepción que otra persona tiene de ella.

El autoconcepto es la imagen que tenemos de nosotros mismos, el cuadro total de nuestros rasgos y capacidades. Describe lo que conocemos y sentimos acerca de nosotros y dirige nuestras acciones (Harter, 1996). Los niños incorporan a la imagen que tienen de sí mismos el cuadro que otros les reflejan.

Para los tres meses de edad los bebés prestan atención a su imagen en el espejo (Courage y Howe, 2002); los niños de cuatro a nueve meses muestran mayor interés en las imágenes de otros que en las propias (Rochat y Striano, 2002). Esta discriminación perceptual temprana puede ser la base de la conciencia perceptual de sí mismo que se desarrolla entre los 15 y 18 meses. Entre los cuatro y los 10 meses, cuando los bebés aprenden a extender la mano, agarrar y a hacer que sucedan cosas, experimentan un sentido de acción personal, la comprensión de que pueden controlar los sucesos externos. También, más o menos en esta época desarrollan la coherencia del sí mismo, la sensación de ser un todo físico con límites que lo separan del resto del mundo. Esos desarrollos ocurren al interactuar con los cuidadores en juegos como las escondidillas, en los que el infante toma cada vez más conciencia de la diferencia entre sí mismo y el otro. El surgimiento de la conciencia de sí mismo (el conocimiento consciente del sí mismo como un ser distinto e identificable) se basa en este inicio de la distinción perceptual entre sí mismo y los otros.

A medida que los niños maduran —a nivel físico, cognoscitivo y emocional— se sienten motivados para independizarse de los adultos a los que están apegados. “¡Hago yo!”, dicen los pequeños cuando usan sus músculos y sus mentes en desarrollo mientras intentan hacerlo todo por sí mismos, no solo caminar, sino alimentarse, vestirse y explorar su mundo. Erikson (1950) identificó el periodo entre los 18 meses y los tres años como la segunda etapa del desarrollo de la personalidad, autonomía frente a vergüenza y duda, la cual

se caracteriza por un cambio del control externo al autocontrol. Una vez que salieron de la infancia con un sentido de confianza básica en el mundo y una incipiente conciencia de sí mismos, los niños empiezan a sustituir el juicio de sus cuidadores por el suyo propio. La virtud que emerge en esta etapa es la voluntad.

La socialización es el proceso por el cual los niños desarrollan hábitos, habilidades, valores y motivos que los convierten en miembros productivos y responsables de la sociedad. Puede considerarse que acceder a las expectativas de los padres es el primer paso hacia el acatamiento de las normas sociales de conducta. La socialización se basa en la internalización de esas normas.

Referencia:

Papalia, D.E., Duskin, R. (2012). Desarrollo Humano (12 ed.). México: Mc Graw Hill.